

CESAR GAVELA Letras limítrofes

EL Bierzo es una bisagra cultural aunque los bercianos lo olviden con frecuencia. El lado oscuro del Bierzo es Galicia. No la Galicia de las playas de Samil y de Sanxenxo, de las marisquerías o del Deportivo de La Coruña. Esa es de sobra conocida. Yo quiero referirme en este artículo a la Galicia de los escritores. De un modo más concreto, a los poetas y prosistas gallegos que nacieron, escribieron y, en muchos casos, vivieron y murieron en las dos provincias de la región más cercanas y semejantes al Bierzo: Lugo y Orense.

Es probable que un extraño Bierzo llegue hasta el Barco de Valdeorras. Y que después nazca un imaginario Bierzo exterior, ya fundido con Galicia plenamente. Este Bierzo inventado suele terminar en Meira, en Viana del Bollo, en Montarte de Lemas. Luego vienen las ciudades y alfores de Orense y de Lugo y también la pequeña villa episcopal de Mondoñedo -ya en la fachada atlántica-, ciudad rica en «fuentes, en pan y en latín», según dijera Álvaro Cunqueiro, mindoniense ilustre.

Esa es la puerta que tiene el Bierzo a su izquierda: la del país fluvial y de cultura que urden el Sil y el Miño. Un territorio donde acostumbra nacer la mayor parte de los escritores de la lengua gallega pese a que su población, en buena parte agraria, apenas alcanza el 25 por ciento de la demografía de Galicia. Si comenzamos por Lugo, hay que recordar a dos maestros indiscutibles: el ya citado Cunqueiro -escritor excelso, que abordó todos los géneros de la literatura- y su paisano Anxel Fole, narrador de cuño muy oral, quien solía pasar largas temporadas en las tierras frescas del valle del Lor: un río que lleva truchas y cuentos.

En Orense la literatura un destino. Arriesgo una breve es relativamente sencillo leerlos nómina de sus escritores: en su idioma. A fin de cuentas, Curros Enríquez, Lamas Carvajal, Vicente Risco, Otero Pedrayo, Celso Emilio Ferreiro. Tovar, Blanco Amor y los actuales Méndez Ferrín y Carlos Casares. ¿Hay quien demás? Se habla mucho, y merecidamente, de la plétora de escritores leoneses en activo pero hay que reconocer que en Orense no son mancos. Tal vez ambas provincias -también hermanadas en su mutuo declive económico; en su creciente caudal de melancolía- reúnen la mayor concentración de narradores por habitante de toda España. El Bierzo está en el medio, y aunque en el alto sil se lee muy poco, a los escritores de la otra puerta no se les lee nada.

Yo querría proponer a los leoneses, y de un modo especial a los bercianos, que

frecuentaran a los escritores gallegos más afines, y aunque es cierto que buena parte de sus libros no están traducidos al castellano, también lo es que a poco que se esfuerce uno, es relativamente sencillo leerlos en su idioma. A fin de cuentas, son muchas las palabras gallegas que circulan por el Bierzo, y las que no, pues uno las busca en el diccionario. ¿Y por qué leer a los autores lucenses y orensanos? La respuesta es bien clara: porque recrean un mundo que es, casi plenamente, el que es propio del Bierzo. El mismo territorio ribereño del eje Sil-Miño y de sus nutridos afluentes. Es fácil hacer la prueba. Tome el lector un cuento del narrador villafranquino Antonio Pereira –por ejemplo, cualquiera de su magnífico “Picassos en el desván”-, y luego lea un relato de Anxel Fole. Uno y otro dibujan, con estilos diferentes, un mismo espacio literario.

Los descubrimientos más deslumbrantes suceden cerca. Nueva Guinea está en el fronterizo Caurel, y el capitán Cork es Anxel Fole. Yo comenzaría leyendo a Anxel Fole, el viejo escritor que caminaba por las calles de Lugo, por los cafés, con su cigarro en la boca, la boina y el bastón, solo, soltero y sabio hasta que en 1986 le llegó la imprecisa muerte que la Muerte reserva para quien conoce el secreto de los relatos de aparecidos. Anxel Fole, sin proponérselo, ensanchó los límites del Bierzo; su patrimonio espiritual.

La memoria y la imaginación son la tierra de la literatura. Quisiera remachar esto con un breve poema de Celso Emilio Ferreiro, con quien tuve el privilegio de compartir una velada en enero de 1976 en su casa del Paseo de las Delicias, en Madrid. El poema se titula «Tierra» y su traducción al castellano, más o menos viene a decir: «Todo mi ser está ligado a la tierra / me sabe a tierra todo en la memoria / tierra el camino; tierra mi historia / tierra esta voz que en el desierto clama». Pertenece al libro «Onde o mundo se chama Celanova» y Celso Emilio la leyó en un homenaje que le tributó el Bierzo en el Teatro Adriano de Ponferrada en diciembre de 1974.